

8º. Pentecostés. Año A

Lectio divina sobre Jn 20, 19-23

A diferencia de Lucas (Hch 2, 1-41), Juan sitúa la venida del Espíritu el mismo día de la resurrección de Jesús: el nuevo hombre, devuelto a la vida sin fin y sin pecado, da la misión y la posibilidad a sus discípulos de ser nuevos hombres y hacer nueva a la humanidad, dándoles su Espíritu. Los discípulos reciben el aliento del Resucitado y el mandato de perdonar en su nombre y con su poder. Como en aquel primer día, saber que Jesús ha resucitado significa saberse capaz de perdonar, porque se cuenta con el Espíritu de Jesús. Quien cree en la resurrección, tiene el perdón como quehacer y el Espíritu de Jesús como viático: vivir para el perdón es vivir de la resurrección de Jesús, es vivir bajo su mandato y con su mismo Espíritu.

19Al anochecer de aquel día, el día primero de la semana, estaban los discípulos en una casa, con las puertas cerradas por miedo a los judíos. Y en esto entró Jesús, se puso en medio y les dijo:

«Paz a vosotros.»

20Y, diciendo esto, les enseñó las manos y el costado. Y los discípulos se llenaron de alegría al ver al Señor. 21Jesús repitió:

«Paz a vosotros. Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo.»

20Y, dicho esto, exhaló su aliento sobre ellos y les dijo:

«Recibid el Espíritu Santo;

a quienes les perdonéis los pecados, les quedan perdonados;

a quienes se los retengáis, les quedan retenidos.»

I. LEER: entender lo que dice el texto fijándose en como lo dice

El relato, parco en detalles, es una crónica del nacimiento de la iglesia. Sigue el esquema narrativo típico de los relatos de apariciones: presencia inesperada de Jesús resucitado, reconocimiento por parte de los discípulos, misión al mundo. El hecho, dada su importancia, está notarialmente datado (20,19: *siendo tarde, aquel día, primero de la semana*) y localizado (*en una casa*), en Jerusalén.

No se nombra a ningún discípulo ni se dice cuántos estaban. Sólo se mencionan el miedo que los atenazaba y su reclusión. Queriéndose encontrar con los suyos, el Resucitado es capaz de superar los obstáculos: la casa atrancada y unos discípulos encerrados en su temor; se hace presente a los suyos siempre que quiere, superando limitaciones de espacio. La ausencia de Jesús ha llenado de angustia la existencia de sus seguidores; la comunidad se siente amenazada. Así queda mejor recalcada que la iniciativa en la comparecencia es toda del Resucitado (20,19), quien, poniéndose en medio de ellos, alienta a los que no se atrevían a salir a la calle y declararse públicamente creyentes. Puede percibirse, además, una leve intención apologética: de unos hombres aterrados no habrían salido valientes predicadores de no haberse dado un encuentro real con el Señor Jesús.

La presencia inesperada de Jesús en medio de ellos les hace experimentar el gozo prometido (16,20-22; 17,13). Se deja ver manos y costado (19,34), identificándose como *el crucificado*; el reconocimiento es inmediato (Lc 24,41-47). Identificado, les concede, dos veces, la paz: el saludo (20,19.21) no es mero deseo de seguridad sino don real y viático para una misión (17,18; 4,38; 13,20). Primer fruto del encuentro es la paz recuperada y una alegría desconocida. El segundo, la misión. El Enviado de Dios, devuelto a la vida y vuelto al Padre, encarga a los suyos de su propia misión y los hace sus enviados (20,21: *como a mí..., también yo*). Nada dice sobre el destino, ni el contenido, del apostolado cristiano, sólo se afirma que el Padre es el fundamento y Cristo su mediación. Dios es el origen de la misión apostólica, Cristo y sus enviados, los eslabones.

La encomienda es un acto de investidura y una prueba de confianza. Este traspaso de tareas de Cristo a los cristianos hace de estos *nuevos* hombres: la misión los recrea. Los enviados reciben el mismo aliento vital de Jesús (20,22). La concesión del Espíritu está, pues, ligada a la imposición de la misión (20,23). Y el relato recuerda la creación del primer hombre, cuando Dios inspiró su aliento al barro (Gn 2,7; Sab 15,11). Esta concesión del Espíritu es consiguiente a la glorificación de Jesús (7,39), a su retorno al Padre (15,26; 16,7): Jesús mismo es quien inaugura el tiempo del Espíritu; y lo vincula al perdón universal e incondicionado de los pecados (20,23). Según Jn es la comunidad cristiana el único lugar en el mundo donde ya no tiene futuro el pecado del hombre, porque su misión, su tarea exclusiva y excluyente, es el perdón sin restricciones: *perdonar/retener* supone una potestad sin excepción: a quien perdona la comunidad, lo perdona Dios.

En manos de creyentes que han visto al Señor queda ahora su misión: abrir a los hombres al amor y capacitarlos para la entrega; más que autoridad y poder es este nuevo servicio, una responsabilidad, lo que los convierte en hombres nuevos. Mientras esté ausente su Señor, la comunidad continúa esa misión.

II. **MEDITAR: aplicar lo que dice el texto a la vida**

La irrupción del Espíritu de Jesús sobre sus discípulos marca el nacimiento al mundo de la iglesia. Cuando Jesús dejó a sus discípulos en la tierra, les prometió su Espíritu; días más tarde, cuando se lo envió, sus discípulos se sintieron enviados al mundo; aquel día nació la iglesia, con el Espíritu de Jesús como patrimonio y con el mundo que evangelizar como tarea. Desde aquel día el Espíritu ha acompañado y asistido, guiado y fortalecido la vida de los seguidores de Jesús: pertenecer a la comunidad cristiana implica ser herederos de la misión de Jesús y tener en propiedad su Espíritu. Saber de Cristo es saberse enviados por Cristo al mundo como testigos suyos y saber que él nos ha dejado en posesión su Espíritu.

Es nuestro el mismo Espíritu que alentó a Jesús durante su vida, que le llevó a predicar el evangelio por Galilea, que le hizo fuerte ante la tentación y le hacía sentirse hijo de Dios.; Esa es la herencia de Jesús que hoy ya podemos poseer, todo cuanto de él hoy tenemos a nuestro alcance y a nuestra disposición. Y sin embargo, sigue habiendo déficit de Dios en nuestro mundo; seguimos en él palpando más la ausencia que su presencia.

Y es que los discípulos de Jesús vivimos deficitarios de su Espíritu y nos hemos ido olvidando de que tenemos todo un mundo, y nuestro corazón, por cristianizar. Nos lo ha recordado el evangelio: anochece ya cuando Jesús Resucitado se presenta a los discípulos muertos de miedo; verlo les saca de su tristeza y les llena de paz, pero la alegría de tenerle consigo les va a durar poco. Les infunde un aliento nuevo y les impone una nueva misión: "recibid el Espíritu Santo; a quienes perdonéis los pecados, les quedan perdonados". Tendrán el Espíritu de Jesús consigo, si tienen el mundo como taller de fraternidad.

Quien ha nacido el día de Pentecostés no se contenta con no hacer el mal, ni siquiera con no devolverlo, aunque ya sea bastante. Ni le basta con hacer el bien que puede, siempre que no le cueste mucho: el testigo de Jesús debe al mundo su Espíritu y su perdón. Darle menos supondría robarle lo que ha recibido de prestado. A quien no se sabe enviado a ofrecer paz y perdón, no se le ha enviado el Espíritu. Quien no cree que el perdón de las ofensas sea posible, tampoco cree en el Espíritu de Jesús, que lo hace posible. Si no asumimos el mandato de Jesús – porque es una orden – de dar perdón a quien lo necesite, no hemos recibido su Espíritu ni somos sus enviados en este mundo. Quien no perdona no tiene el Espíritu de Cristo, no puede ser un buen cristiano, aunque sea un hombre bueno. Y por falta de hombres con Espíritu, comprometidos con la paz entre los hombres, por escasez de creyentes que perdonen, dominados por el Espíritu de Jesús, el mundo hoy está falto de Dios y escaso de paz verdadera.

Nos quejamos de la paz que nos dan los demás, porque es escasa o demasiado frágil; devolvámosles el perdón que Dios nos concede y nuestra paz quedará asegurada. El cristiano está hoy perdiendo su vocación de pacificador, dejando la tarea que Cristo le encomendó a quien no comparte su fe ni tiene la capacidad, el Espíritu de Jesús; y así pierde a su Dios y se pierde su mundo. Otros tendrán el poder, la técnica, los recursos; nosotros tenemos la fuerza de Dios y también su mandato. ¿A qué esperar más?

Volvamos a nuestra comunidad, al puesto de trabajo, a nosotros mismos, con el compromiso de favorecer la paz y de sembrar perdón, de robustecer la concordia e iniciar fraternidad allí donde estemos. Acercar la paz y el perdón a los demás significa acercarlos a Dios. Es el mejor testimonio que podemos darles; y se lo podemos dar nosotros, no por ser mejores, sino porque poseemos el Espíritu de Jesús... y su mandato.

Como cristianos, no lo olvidemos, naceremos el día en que, discípulos de Jesús, superaremos nuestros miedos, veamos al Resucitado y recuperemos la alegría de vivir y el mundo como misión. En un sólo día, y sin Jesús a su alcance pero llenos de su Espíritu, los discípulos hicieron más que durante los años de convivencia con Jesús por los caminos de Palestina. Esos son nuestros orígenes; si queremos renacer como cristianos hoy, sepámonos enviados al mundo y vivamos del Espíritu que nos ha sido enviado. Será el Espíritu de Jesús el que, como en el primer pentecostés, nos enviará a hablar a los hombres en su propia lengua, directamente al corazón; comencemos por los que nos están más cerca, comencemos -¿por qué no?- por nosotros mismos, haciendo la paz con nosotros, con nuestros deseos íntimos y con nuestras íntimas miserias. Vivir en paz con nosotros mismos es el modo más eficaz de hacer posible la paz a cuantos con nosotros conviven.

Reconciliados en nuestro interior, hagamos la paz en el seno de nuestras familias. ¿A dónde, si no, ir mejor que allí donde están los nuestros para ofrecerles la paz y el perdón que hemos experimentado? ¿A quién debemos más perdón que a los que comparten vida y sueños, alegrías y fracasos con nosotros? ¿Cómo podemos pensar en pacificar a los desconocidos, si no hemos logrado ganarnos a los íntimos? Allí donde llegue nuestro perdón, allí llegará también el Espíritu de Jesús y se hará presente la iglesia. Convirtamos nuestras familias y nuestros amigos en la primera meta de nuestro esfuerzo pacificador: llevaremos allí el Espíritu de Jesús y nos haremos sus discípulos, al mismo tiempo que humanizamos nuestra vida familiar.

Los discípulos de Jesús, si saben que vive, viven para llevar su Espíritu y el perdón a los hombres; creer, en cambio, que perdonar es imposible, pensar incluso que nadie nos lo puede exigir, significaría pensar que Jesús no ha resucitado todavía o, peor aún, intentar enterrarlo de nuevo. Pues para perdonarnos murió y para que perdonáramos ha resucitado. Todo lo que hagamos por crear paz a nuestro alrededor y hacer posible el perdón nos convertirá en los

discípulos que el Resucitado quiere: quien se atreve a perdonar a su prójimo, ve a su Señor y posee su Espíritu; no hay otra explicación posible.

Ofrecer el perdón a quien lo necesite ha sido siempre una forma de ser cristiano; intentarlo, hoy de nuevo, nos devolvería la ilusión de ser iglesia de Cristo. No dejemos que nadie nos quite la misión que Cristo encomendó a los suyos. No permitamos que nos roben el Espíritu que nos dio para llevarla a cabo: recuperemos la tarea para la que nacimos al mundo como comunidad, volveremos a sentir su presencia junto a nosotros. Tendremos su Espíritu en nuestros corazones, si ocupa nuestras manos el perdón del prójimo. ¿A qué esperar más? ¿O es que Cristo no ha resucitado y no nos ha concedido ya su Espíritu y dado la orden de perdonar el mundo?

III. ORAR: *desear que se realice en mi lo que he escuchado*

No sé bien por qué pero me siento muy identificado con esos primeros discípulos tuyos que te sabían vivos y continuaban muriéndose de miedo. Encerrado en mis temores, no consigo proclamarte resucitado. Ven, Señor, a sacarme de mi encierro y dame tu paz y la seguridad de que has vencido al mundo.

Dame tu Espíritu, lléname de Él, antes de darme la misión de perdonar al mundo a quien tanto temo. Sin tu Espíritu, no conseguiré ser el hombre de la paz, tu enviado para el perdón universal. Quiero dar testimonio de tu nueva vida, viviendo la mía perdonando. Pero necesito de ti, necesito tu aliento, necesito tu Espíritu. Si sigues pensando en mí para perdonar, envíame cuanto antes tu Espíritu.